



Excmo. Ayuntamiento de Orcera

OBRA Nº 2

SEUDONIMO: MONTAGUT

CATEGORIA: RELATO GENERAL

Excmo. Ayuntamiento de Orcera

Plaza de la Iglesia, Orcera. 23370 (Jaén). Tfno. 953480154. Fax: 953480155

LOS SIN NOMBRE

En aquellos días mi realidad era acogedora y me gustaba volver a ella tras una pesadilla o un mal sueño. Incluso me agradaba mirarme en el espejo. Todo cambió cuando mi hijo se fue de casa a los 18 años para instalarse en una residencia de estudiantes en Valencia. Sabía que triunfaría en la vida, pero tenía pánico de que su gran preparación e inteligencia fuesen su perdición.

En Valencia, Pedro observaba desde la ventana cómo sus padres se alejaban cabizbajos camino del aparcamiento. Tenía la sensación de que le habían dejado en un campo de concentración. Le gustaba verse solo en una ciudad extraña, si bien las dudas acerca de su capacidad para hacer amigos y para subsistir se acrecentaban. Con 18 años, no conocía a gente de su edad. Su rincón de esparcimiento y ocio se había reducido hasta ese momento a pasear con sus padres por el centro de Orcera, visitar a su familia en Jaén capital y estudiar sin parar.

Escribir era su válvula de escape. Reemplazaba al mejor terapeuta que pudiese existir. A veces, incluso utilizaba la literatura para vengarse de quienes le insultaban o vapuleaban en el colegio. Como no se atrevía a plantar cara a los pendencieros, expresaba lo que sentía en obras de teatro y ensayos en los que él mismo se erigía como juez que destrozaba dialécticamente a sus compañeros de clase y les condenaba a vagar por el hades sin billete de regreso. Le aterraba contemplar el pasado desprovisto de máscaras narrativas, quizá porque su pasado nunca había sido halagüeño y tenía que inventarse uno nuevo. Era tal el maremágnum de sensaciones que bullía en su interior que cuando su mente fabuladora no escribía relatos de ficción empezaba a fabular con la realidad.

Pedro pensaba que lo más importante no era cómo vivir nuestra vida, sino cómo contarla. A nosotros mismos y a los demás. En su opinión, ese era el único modo de dar un sentido a los errores, al dolor y a la muerte. Había escrito su primer cuento a los cinco años y lo tituló *La casita de las fresas*. Su profesora, Julita, le llevó de la mano por todo el colegio para que explicara a los mayores de quinto de EGB cómo a la reina Fresun le gustaban tanto las fresas que para que no se gastasen nunca había recubierto las paredes de su palacio de fresones enormes que se reproducían por arte de birlibirloque cada vez que se comía uno. Algo así como un ladrillo-fresa con vida propia. Fue en ese momento cuando empezó a ser consciente de que era especial, sin duda la peor de las jaulas que uno puede construirse a su alrededor en un país en el que

la diferencia de pensamiento y actitud se paga con la pena capital, en el que no está bien visto salirse de las normas establecidas, donde la envidia es el deporte nacional, donde la mansedumbre de pensamiento campa a sus anchas, donde la gente se mueve con tres o cuatro patrones establecidos por un demiurgo de andar por casa, donde lo mediocre vende, donde no queda más remedio que creer en el poder de la invención para destilar las verdades esenciales y sobrevivir...

Su madre solía regañarle diciendo que la arruinaba a teléfono cuando pasaba por su habitación y le escuchaba hablar en diferentes idiomas y con tonos de voz distintos, según el día y en función de su estado anímico. Se comunicaba con un mundo paralelo creado en su interior lleno de druidas y de duendes mágicos. A veces no podía parar de reír de la vorágine de ideas y de tonterías que se agolpaban en su cabeza sin ninguna razón aparente. De hecho, imaginaba su vida como el tráiler de una película, con sus títulos de crédito, sus caracteres difuminados y música de fondo, siempre con Orquera como testigo silencioso. En Valencia, a las pocas semanas de comenzar la Universidad, conoció a Eugenia.

- Hablaba a trompicones, como una ametralladora cargada desigualmente. Te soltaba doscientas ideas en medio segundo y, acto seguido, se quedaba callado media hora, aunque sus ojos seguían hablando. Cuando me contaba esas cosas tan estrambóticas pensaba que estaba colgado o le daba al jaco- asegura su amiga.
- Yo soy su madre y sigo pensándolo.
- La verdad es que cuando había mostrado ese sentido del humor tan peculiar en medio de clase mis compañeros me habían censurado.
- Incluso los profesores. No lo olvides, Pedro- recuerda su madre.
- Es verdad, mamá. Esto hizo que fuese rechazando inconscientemente todo contacto con mis compañeros y que empezara a pensar que era un chico raro, que tenía una especie de estigma para no ser querido.

Hasta el comienzo de su etapa universitaria, su vida se resumía en tres palabras: nunca, nadie, nada: *Nunca nadie había hecho nada por él*. Creció con el convencimiento de que él mismo era lo único que tenía. Y, aún así, se trataba mal. Era un chaval muy sensible, todo le afectaba sobremanera: una mirada de soslayo, un comentario al

margen, un roce de alguien en medio de la calle, una mala crítica. Un cóctel explosivo para un adolescente que buscaba la aceptación en un entorno hostil. No había ido jamás a una discoteca, ni se había emborrachado, ni había salido con chicas. En este sentido, tantos años de inmovilidad le habían cubierto de una pátina de sobriedad que le hacía aparentar más edad de la que tenía. En el colegio, solía esconderse en la capilla del sótano para que la media hora del recreo pasara lo antes posible y evitar los insultos de sus compañeros. Se sentaba en uno de los bancos de madera, con la luz apagada y la sombra del crucifijo del altar acechándole desde lejos, y pensaba en su porvenir, en lo que le gustaría ser de mayor, en cómo sería su vida, en los besos que estaban por llegar y en las personas que se encontraría por el camino. Era el único lugar en el que sentía que su existencia no era una equivocación. Entabló mucha amistad con el padre Moreno, profesor de Química y responsable de la biblioteca de la escuela. El profesor se había fijado en él y le había animado a que le visitara alguna tarde. Al principio, Pedro estaba temeroso. Era consciente de que algunos maestros le tildaban de “raro” e incluso el tutor del centro había llamado por teléfono a sus padres para hablar de su carácter taciturno, de ahí que desconfiase del interés del sacerdote en conocerle. Poco a poco, sin embargo, fue adquiriendo confianza con el padre Moreno. Enjuto, de rostro imperturbable, con una edad indefinida y unos ojos negros que escondían innumerables experiencias fruto de sus años de misionero en la Amazonia brasileña, el padre Moreno se convirtió en su mentor. Nunca llegó a conocerle del todo, tenía un alma nublada y una mirada gastada, pero eso daba igual, le bastaba con que fuese consciente de su existencia.

La biblioteca del colegio estaba situada al lado del gimnasio. Era un antiguo edificio de ladrillo rojo con ventanas muy pequeñas que apenas dejaban entrar la luz. El interior olía a añejo, a polvo, a lomo de libro antiguo, con centenares de ejemplares agolpados en las estanterías, distribuidas en forma de U y tan altas que llegaban hasta el techo. Los altos mandos del colegio habían relegado al padre Moreno a la biblioteca cuando había vuelto a casa después de 20 años en el bosque tropical más grande del mundo. Rodeado de libros y sentado en una esquina de la biblioteca, Pedro aprendió a devorar a los clásicos en compañía del padre Moreno, quien le contaba con voz seca y perentoria sus experiencias en Sudamérica y cómo había perdido una fe que después recuperó al hacer análisis de conciencia consigo mismo. Se dejó enamorar por el ansia de Plutarco, por el preciosismo de Baudelaire, por la magia de las novelas de amor de Edith Wharton, por el universo femenino de Tolstoi.

“Hay amores tan bellos que justifican todas las locuras”, le solía decir el padre Moreno cuando se acercaba a la pequeña mesa en la que Pedro leía los libros que él le recomendaba. El cura había vivido con la tribu de los awás. Se trataba de una comunidad que vibraba al ritmo que lo hacía la tierra. Cuando un niño nacía, no se le daba un nombre hasta pasados unos cuantos años. El nombre le identificaría para el resto de su vida. En función de sus gustos, su carácter y la conexión que estableciese con el entorno se le pondría un nombre u otro. Solía ser a los diez años, en la ceremonia del solsticio de verano, cuando varios niños de la tribu se reunían en presencia del hechicero, quien les bautizaba oficialmente. Así no estaban marcados desde el nacimiento, sino por su experiencia, sin etiquetas... De ese modo transcurrió la relación entre el joven Pedro y el padre Moreno. Se basó en el arte y la literatura, en la libertad y en la ausencia de muros que sepulsen el pensamiento. A Dios siempre le dejaron en paz.

De forma inconsciente por su obsesión a que le hiciesen daño, Pedro tejió a su alrededor una especie de límite territorial al que no permitía que nadie accediera. A menudo, esa estrategia hacía que se sintiera mal y le dejaba aislado y solo. A pesar de su juventud, tenía el rostro revestido de la templanza que solo otorga el dolor, los ojos cansados, apagados, ojos de aquel que siente que ha dejado más camino atrás del que tiene por delante, de quien ha quemado todas sus ilusiones. Incluso vestía de modo anónimo y mantenía la postura de quien no sabe ocupar el espacio de su propio cuerpo...

Cuando uno se ha perdido dentro de sí mismo no tiene más remedio que buscarse fuera. El problema surge cuando fuera no hay nada, cuando no se puede volver a los lugares visitados en el pasado porque no existen, porque la vida se reduce a una fábula mal escrita, cuando la verdad se convierte en una lábil y escurridiza habitación de la que se han perdido las llaves. El problema es que el pasado, por mucho que uno se empeñe en decir que está hueco, nunca es inofensivo. *Siempre he confiado en la bondad de los desconocidos.* La famosa frase de Blanche al final de *Un tranvía llamado deseo* bien podría aplicarse a Pedro. Y es que Pedro se encontró en Eugenia, llevaba años mirándose en el espejo sin ver nada. Gracias a ella, recuperó la visión. Como suele suceder con las cosas más importantes, apareció de la nada, sin previo aviso, y Pedro se arriesgó a conocerla.

- Consiguió salir de un túnel oscuro en el que se encontraba sumido desde hacia mucho tiempo. Podría decirse que Eugenia fue el revulsivo que necesitaba para aceptarse tal y como es, con sus limitaciones y sus virtudes, sus defectos, sus manías y sus fobias. Digamos que ella fue el peaje gracias al cual Pedro pasó de la pubertad a la edad adulta. ¡Menos mal que ella consiguió que fuese un pelín normal!
- ¡Mamá, por favor!
- Soy tu madre, sabes perfectamente que tengo razón. ¡No me contestes!

Ambos se salvaron. Con denuedo, Eugenia aprendió mucho de la locura sana de Pedro, de su particular visión del mundo, de cómo se dejaba llevar sin importar el qué dirán, de su manera de deslizarse por el camino sin cerrojos ni ataduras. Para él, lo único por lo que merecía la pena vivir era la libertad de pensamiento. Pedro, por su parte, comenzó a quererse a sí mismo gracias al amor que le profesaba Eugenia. Hasta ese momento, su vida se componía de una rutina elaborada minuciosamente para escabullirse del dolor. Pero la rutina entierra el ánimo, la ilusión y, finalmente, la esperanza... De todos modos, algo peor que la rutina es la ausencia de posibilidades. Eso es lo que sentía. Las personas necesitan posibilidades, aunque no las usen, aunque permanezcan encerradas en la jaula que se han construido. Eugenia consiguió que Pedro volviese a tener posibilidades... Se conocieron en clase de una asignatura de libre configuración a la que acudían estudiantes de diversas carreras. Lo suyo no fue amor a primera vista.

- Rompí en mil pedazos tu número de teléfono cuando me lo diste.
- Te vi hacerlo cuando me di la vuelta.
- Te veía como el típico marisabidillo con mentalidad cerrada de cortijo que había venido a mi tierra para contaminarla. No te puedes figurar la pereza que me dabas. Orcera me sonaba a pueblo de novela barata de caballerías, no sé, algo como muy rural y aburrido, ¿dónde diablos estaba ese sitio?
- Cariño, eres valenciana, con ese carácter champán que os caracteriza, es decir, hoy te amo, mañana te escupo, no es que la nobleza sea vuestra seña de identidad. Haré como que no he oído nada.
- Haces bien.

Si en Orquera, donde contaba con el apoyo de su familia, la vida de Pedro se había reducido a un par de libros y charlas con el padre Moreno, ¿qué sucedería en una ciudad nueva? Pensaba que le atenazaba el estigma de no ser querido y que su inquieta mente, que mezclaba contenidos sin parar, provocaba el rechazo de los demás. Como los personajes de *El mago de Oz*, se dejaba llevar a universos inventados en los que no existía el dolor ni las etiquetas, universos sin leyes, sin normas y sin Estado. Siempre había pensado que hay que apoyar a los que son diferentes y luchan contra aquellos que quieren que sean iguales. Estas ideas, junto con su modo de describir la realidad, causaban estupor en la mayoría de la gente. Le tenían miedo.

- Se te va un poco la cabeza, ¿verdad?
- Esto fue lo primero que me dijiste dos semanas después de darte mi número de teléfono.
- Me parecías muy curioso, ahí solo en medio de clase hablando en voz alta contigo mismo, sacando un bolígrafo y anotando tus pensamientos sin parar en un folio que guardabas cien veces en la mochila para sacarlo otras tantas.

Pedro nunca olvidará los primeros meses al lado de Eugenia y su grupo de amigas. Se sentía como un niño grande que asistía embelesado a lo que era normal para el resto de los mortales: el primer café, el primer cine sin sus padres, el primer paseo más allá de la tradicional vuelta por la Ermita del Calvario, la primera discusión por cosas intrascendentes, la primera borrachera, la primera noche hasta las tantas. *Nosotras alucinábamos porque todo le parecía novedoso y fantástico. Recuerdo que nos daba las gracias cien veces por tomar un café con él. Además, llevaba unas gafas tan grandes que daba la sensación de que vivía en un asombro permanente.* Sin darse cuenta, fue dando rienda suelta a su imaginación y su yo auténtico. Su sentido del humor, valleinclanesco, salvaje muchas veces, fluía sin cortapisas en compañía de Eugenia, quien no le juzgaba por lo que decía ni por cómo se expresaba. Simplemente, le dejaba ser. Al acabar los estudios universitarios, Pedro emprendió el camino al que estaba predestinado, volar alto y descubrir nuevos mundos. Durante muchos años vivió en Reino Unido y fue enviado como corresponsal de prensa y televisión a Líbano, Francia e Italia. Combinaba su trabajo como reportero con la composición de textos teatrales y narrativos. Su nombre era conocido en los círculos culturales y acumulaba decenas de esculturas y premios por sus escritos. En su corazón siempre llevaba a Eugenia, su

salvoconducto para la felicidad o, al menos, para la infelicidad tranquilizadora. La conexión entre ambos fue mayor cuando ella se trasladó a Orcera por motivos profesionales.

- ¿Te acuerdas? ¡Cómo pasa el tiempo!- rememora Eugenia.
- Recuerdo que te llamé tonta cuando me comentaste que ibas a alquilar un piso entero para ti sola cuando tenías la habitación de Pedro vacía- dice la madre.
- Gané una familia.
- Habían pasado muchos años de aquella tarde en Valencia cuando dejé a Pedro en la residencia de estudiantes y, como por arte de magia, recuperaba a ese hijo perdido bajo el nombre de Eugenia.
- ¿Hijo perdido? Desde luego, mamá, qué exagerada eres. ¡Ni que estuviese en la selva con Sendero Luminoso al acecho! Vivía en Londres- recalca Pedro- Yo había ganado una hermana. Cuando llamaba desde Reino Unido para hablar con vosotros, también charlaba con Eugenia y con Iván.
- Lo que me podía reír cuando Eugenia intentaba llamar por teléfono a la centralita del bloque de pisos en el que vivías en Londres. “Jalou, can I espi wit Pedro? Güi col from Espein an mai neim is Eugenia!”.
- Yo habló inglés de escándalo, soy casi nativa.
- Claro, bonita. Anda, sal a la calle a tirar un par de petardos que te veo tensa.

Nada más conocer a Eugenia, Iván, el hermano de Pedro, la aceptó en su mundo. Era la prueba de fuego definitiva. Iván tiene una discapacidad mental y posee un sexto sentido para detectar a las buenas personas y rechazar a quienes no tienen un corazón puro. De pelo negro rizado, tez blanca como la leche y una barriga prominente fruto de ponerse morado a gominolas, en aquel momento Iván era un retaco que apenas hablaba y escrutaba lo que le rodeaba con sus inmensos ojos azules. Entrar en el universo de Iván no era complicado a primera vista, simplemente había que darle amor y cariño y tratarle como a un igual, con humildad y respeto. Eugenia lo consiguió desde el momento que le conoció.

- Guardo un recuerdo imborrable de los años que vivimos juntas, Montse.
- Lo pasamos muy bien y tú sabes por qué.

- Aprendí a ser yo misma.
- Más cerrada no podías ser, hija mía.
- Siempre decías que la amistad de mi hijo te había salvado de caer en el fango pero era casi imposible saber a qué fango te referías.
- Yo aún sigo descubriendo hoy en día cuáles son sus secretos. Es un hueso duro de roer.
- Bueno, ya vale, es cierto, soy mucho más cerrada que vosotros dos. No soy tan folclórica.

Eugenia pasó tres años en casa de los padres de Pedro en Orcera. Lo que nunca había conseguido expresar ante su madre lo consiguió con la de su amigo. Montse se convirtió en su apoyo, el espejo en el que se veía reflejada. Se hicieron inseparables. Hablaban mucho, agarradas de la mano por el Paseo de las Palmeras y la calle San José, contemplando las Torres de Santa Catalina o paseando por El Peñasco. En verano, bajaban juntas a la Piscina de Amurjo y dedicaban tardes enteras a cocinar. Eugenia enloquecía con los andrajos con liebre y las gachamigas de Montse, quien añadía unas hojas tiernas de borraja de su huerta que le daban un sabor especial. Todo ello acompañado por un buen chato de vino tinto, perfecto para que el estómago dejase vía libre a los roscos de la candelaria. Al cabo de tres años, Eugenia volvió a Valencia y montó un negocio de fisioterapia. En Orcera, había hecho prácticas en una pequeña empresa del sector y ganado la experiencia suficiente para volar sola. Pedro siguió unos cuantos años más en el extranjero. Ahora vive en Madrid y trabaja de jefe de sección de una editorial.

- Antes de conocer a Eugenia veía mi existencia desde las gradas pero sin el arrojo suficiente para asumirla como propia. Un día me tiré por la ventana del valor y aquí estoy.
- Yo no hice nada, solo te deje fluir. A mí me cuesta mucho más verbalizar los sentimientos, no soy tan impulsiva y abierta como tú, pero cada día estoy más convencida de que te conocí en otra vida porque estábamos predestinados.
- Os estáis pasando. No seáis coñazo, me va a dar una embolia- asegura Montse.

Eugenia siempre está al otro lado, dispuesta a tenderle una mano y a escucharle, a relativizar sus paranoias y enfados, sus neuras, sus miedos, a actuar de bálsamo en los

días aciagos. En un sistema tan acostumbrado a la mentira en el que la verdad se convierte en algo revolucionario, ellos no se cortan, llaman a las cosas por su nombre, les encanta vivir en la periferia del saber porque son conscientes de que lo realmente importante sucede siempre en los márgenes. No hablan mucho, pero no porque no quieran, sino porque ambos se caracterizan por una ilimitada verborrea. *Son como porteras, hablan como si no existiese un mañana*, diría la madre de Pedro. Tienen que reprimirse o dedicarían el día entero a charlar. Últimamente han descubierto los mensajes de voz porque así no se interrumpen al expresar sus sentimientos.

- Yo no soy feliz, aunque tampoco quiero serlo ni creo en la felicidad constante, pero sí que puedo decir que gracias a mis amigos vivo instantes de felicidad que, al juntarlos todos en mi coctelera, dan como resultado un estado de paz interior que me gusta.
- ¡Viva la cursilería!
- ¡Mamá, por favor!
- No se trata de una estación de tren abandonada en la que vivimos experiencias con un principio y un final ya definidos.
- Por fin hemos conseguido ser el maquinista de nuestras propias vías férreas.
- Me hace falta un daiquiri y un par de barbitúricos. ¡Ahora! Now!

Pedro y Eugenia se ven poco porque viven en ciudades diferentes, aunque no hace falta ningún tipo de cercanía física para saber que pueden contar el uno con el otro en cualquier momento. Son personas inestables, pueden pasar de la euforia más absoluta a la mayor de las tristezas en un intervalo de dos horas, lo que provoca que quienes les rodean necesiten grandes dosis de paciencia para soportarles. Han pasado más de dos décadas desde que Eugenia, con tan solo una mirada, derrumbara el personaje que Pedro llevaba años construyéndose. Pedro aprendió que ser feliz es simple, pero que ser simple es difícil, de modo que lo único que merece la pena es ejercer a diario la libertad y reírse a la cara del padecimiento, no dar nada por sentado. Lo terrible es que asumir la libertad individual, la auténtica, no la de las revistas y la que venden los políticos, supone asumir la soledad más arrolladora. Es cuestión de elegir. El exceso de libertad de Pedro se convirtió en su salvoconducto para soportar el dolor, siempre al lado de Eugenia quien, gracias a su amigo, aprendió que una de las mejores cosas en la vida es

estornudar sin taparse la boca, comprendió que la locura es el único refugio que tienen aquellos que viven instalados en el sufrimiento para evitar que la razón acuda al encuentro con la muerte...

¿Cómo te llamas? Estoy en ello.

De ese modo comienza la última novela de Pedro, en clara referencia a la tribu de los awás del padre Moreno.

Tanto él como Eugenia tienen varios nombres, puede que nunca elijan el que les identifica porque no les interesa, son como los árboles, poseen dos caras, la visible y la invisible, las ramas que ondean el viento y las raíces bajo tierra.

La novela se presenta dentro de unos días en Orcera, aún no tiene nombre, el acto empieza a las seis de la tarde, no es necesario reservar. En la entrada del Ayuntamiento habrá unos folios en blanco para que pongáis lo primero que se os pase por la cabeza, no os garantizo que titule la novela por lo que escribáis en esos papeles, pero será divertido y nos reiremos.

Contadme secretos, no tengáis miedo, la intimidad es un cuento que alguien se inventó para que nos comiésemos las penas en soledad. A estas alturas del partido no quiero estar solo. Llevo toda mi vida explicándome para no sonar extraño a oídos ajenos, para que quede claro lo que quiero transmitir y no haya malentendidos, justificando cómo pienso y cómo actúo para no herir sensibilidades. Es agotador...

Por cierto, soy Pedro o, al menos, eso pone en los documentos oficiales, puede que mañana me llame Carlos o Elvira. Lo sé, tanta parafernalia a través de este inconexo relato solamente para invitaros a la presentación de mi última novela en Orcera.

¿Alguien dijo que yo era normal?

Una última cosa. Acudirá Eugenia, solo por eso merecerá la pena...

FIN

Por Montagut